biblioteca de la fundación
tres culturas del mediterráneo

certamen de microrrelatos

tres con libros. un elogio a la brevedad

El Mediterráneo

Un elogio a la brevedad

01

biblioteca de la fundación
tres culturas del mediterráneo

certamen de microrrelatos

tres con libros. un elogio a la brevedad

Fundación Tres Culturas del Mediterráneo
Abril 2014
Coordinación y administración_ Equipo de bibliotecarias de Tres Culturas
Diseño y maquetación_ Lydia Molina Gordon

©de la edición: Fundación Tres Culturas del Mediterráneo
©de los microrrelatos: sus autores

Una historia, diversos personajes, el Mediterráneo como escenario y un relato en 300 palabras. Éste era el reto que planteábamos para conmemorar el tercer aniversario del club de lectura *Tres con libros*. Con esta iniciativa, desde Tres Culturas pretendíamos fomentar la creatividad literaria y el conocimiento de otros países del Mediterráneo y dar un impulso a la edición digital. De las más de sesenta propuestas recibidas seleccionamos diez, incluyendo la del ganador, *La suerte en la deriva* de Gabriel Camero Martín. Al reto también se sumaron algunos de los escritores que han pasado por nuestro club de lectura y que bondadosamente han donado sus escritos para que formen parte de esta publicación. A todos ellos queremos agradecerles su colaboración.

Tres con libros empezó su andadura en 2009 con el propósito de trabajar en el fomento de la lectura, la difusión de autores mediterráneos y el desarrollo de iniciativas con objeto de enriquecer el acervo cultural a través de la diversidad. Apostamos asimismo por tecnologías libres ya que el blog de *Tres con libros* es capaz de traspasar fronteras.

Los instantes y las conversaciones vividos, los libros leídos y los encuentros con los autores pasan a formar parte de nosotros, de nuestro conocimiento y de nuestra riqueza humana. *Tres con libros* es más que un club de lectura, es una muestra de lo que es capaz de provocar la lectura y de cómo un objeto inanimado, el libro, puede transformarnos.

Fundación Tres Culturas

Microrrelato ganador del certamen Tres con Libros. Un elogio a la brevedad:

La suerte en la deriva. Gabriel Camero Martín 7

Microrrelatos finalistas:

Diálogos con Dalí. Mª Luisa Contreras García 9
Reencuentro. José Mª Cruces Antiller 11
Un mar productivo. Francisco M. Marcos Roldán 12
Viaja en el agua. Juan José Tapia Urbano 13
No más de dos semanas. Jesús Gelo Cotán 14
Nostalgia. Cristina Fernández Valls 15
Mi hijo y el mar Mediterráneo. Pilar Añibarro Aguado . . . 16
Desde mi ventana o en el alma del Mediterráneo.
Miguel Alayrach Martínez 17
Azul. María Rosa Mancebo Frías 18

Microrrelatos de los escritores:

Las noches blancas son insoportables. Patricia Almarcegui . 21
Delfines en el Mediterráneo. Esther Bendahan 23
La tarde en que vi morir a Sartre. Emilio Ferrín 24
Si te cuentan que morí de pena. Antonio Lozano 25
Neptun and Vulcanus. Petros Markaris 26
La Méditerranée. Une histoire de tellurisme et magie.
Boualem Sansal 27
Bárbaros. Carlos Zanón 29

La suerte en la deriva

El navío se encontraba a la deriva.

Las olas lamían su proa y el levante ondeaba su rumbo. Centro del Mediterráneo.

Su corazón. A millas el litoral maltés y los pinares de Ghajn Tuffieha, no lejano del faro de Mesa Roldán, en su atalaya, donde sus pantallazos resplandecerán al ocaso. Al norte las cristalinas aguas de Cabrera y al sur los últimos escondites de la foca monje. La ciudad de Palermo cercana, casi se perciben las bocinas del tráfico. Monreale cubierta de brumas matutinas.

Si el viento gira a poniente quizás el navío se tropiece con Chipre. Una playa de Limasol con restos perennes de disfraces de carnaval. Acaso, en su presente a la deriva, se estrelle contra un acantilado albano con bellos ecos de letras agrietadas de una novela de Kadaré. O de Márkaris. En Grecia. Necesitada del oxígeno que sólo la brisa nocturna es capaz de brindar con gotas de mar quebrado contra el rompeolas.

Aire. Atenas se encuentra inundada, una borrasca gris se ha quedado refugiada en el Olimpo y ni la corriente más violenta la aleja.

El navío está a la deriva mediterránea. Tiene suerte.

Dependiente del céfiro y los vientos.

Quizás tuerza hacia Algeciras y se cuele esquivando petroleros y trasatlánticos en el embudo del Estrecho, o tenga que encallar en tierra tunecina, entre dátiles y algas escondidas en fina arena de playa. El navío se pregunta si rolaran aires del sur, con fragmentos de Sáhara y matorral hacia Valencia, Marsella o Génova. Rompiendo un castillo de arena, desmontando cada grano. Quedando sus torretas irrecuperables.

Antiguos perfumes a menta, albahaca, romero y olivo.

A la deriva.

Al navío, entre Adriático y Alborán, únicamente le queda esperar para averiguar en qué bendita tierra atracará.

Gabriel Camero Martín

Diálogos con Dalí

Todas las tardes aquel intenso olor a brea atrapaba sus sentidos. Cuando el reloj se espabilaba de la siesta y comenzaba aquella letanía de sones para la que había sido creado, ella corría escaleras arriba y abría la ventana. Apoyada en el alféizar, la brisa de la tarde jugaba con sus cabellos y le permitía abrir la puerta del desván de los sueños.

Nunca sabía el tiempo que permanecía en aquella postura, su mirada se perdía en un horizonte azul de dos tonalidades y, de vez en cuando, la sirena de algún barco la hacía volver al mundo real de regreso de algún país exótico, donde había visitado construcciones monumentales o se había extasiado con paisajes de ensueño.

En medio de todo el viaje, aparecía la figura de aquel desconocido con el que se cruzaba a menudo en sus paseos por la playa. Nunca habían hablado, él llevaba siempre un libro en las manos y al pasar a la altura donde ella se encontraba levantaba la vista. Por breves instantes, la miraba fijamente a los ojos. Ella le sostenía la mirada porque adivinaba, más que el descaro de un oportunista, la comodidad que te hacen sentir las personas que crees conocer desde siempre. De reojo, lo veía alejarse mientras comprobaba que llevaba siempre el mismo libro.

Hacía tiempo que él la observaba desde lejos intentando adivinar los pensamientos que se escondían tras esa mirada perdida. Sabía el momento en que podría encontrársela paseando por la playa. Aquel día, como tantos otros, se había propuesto caminar en su misma dirección y proponerle ser el centro de sus sueños.

Mª Luisa Contreras García

“POSIBLEMENTE QUEPA TODO EL MAR EN TUS OJOS...

(PABLO DE ROKHA)

Reencuentro

Hoy día, según cuentan algunos lugareños, aún sigue allí la misma palmera. Nos pasábamos los meses jugando a los espías y a la pelota alrededor de ella, incluso había tardes que descansábamos un rato apoyados en la misma viendo cómo el sol nos retaba jugando al escondite. La vida en Tánger fue muy dura para mi madre; yo, en cambio, pasé los mejores años de mi infancia mientras ella trabajaba mucho para que pudiésemos volver a España. Me encantaba llevar la chilaba, Walid siempre me ponía la capucha para hacerme rabiar y para que no viera dónde estaba la pelota. Recuerdo imágenes de los dos y a él rodeándome con el brazo los hombros, caminando por Béni Makada comiendo brochetas, y todavía oigo su sonrisa como si estuviese aquí, justo a mi lado.

Nunca pudimos despedirnos, nosotros no entendíamos de esas cosas. Pensábamos que nunca nos iba a separar tanta agua.

Es curioso, ahora que miro por la ventana del avión y veo el mar me viene a la memoria el rostro sonriente de Walid con la pelota en los pies. Muchas veces he pensado si será verdad que la palmera sigue estando ahí, pero cuando llegue no dudaré en devolvérsela, aunque ya esté medio vacía por el paso de los años. No quiero que esté lejos de él. Tengo que dejarla allí, a los pies de la palmera, junto a los restos de mi amigo Walid.

Jose Mª Cruces Antiller

Desde el laberinto emergen las flores y la rama de un olivo. Con las victorias, logros y dichos, fluye la veneración a dioses, reyes, en la adoración hacía un mar productivo. Cálido abrigo de olas, que rompen en las costas meciendo a los hombres. Risottos, gazpachos, vichyssoise, cítricos, legumbres y paellas los manjares de dioses. El aceite es el oro que reluce en las ánforas, y el trigo y la cebada se extienden como un mar dorado por entre los cálidos valles. El Olimpo abre sus puertas, las ninfas cantan, Cupido enamora mientras Marte declara la guerra. El libro de los muertos surge escondido en el delta, entre legiones de visionarios que crean imperios, que crecen y menguan, abriéndose como las flores de los juegos olímpicos. Las bellas artes se refinan, esculturas dignas del más bello escultor, cincel de manos prodigiosas, pirámides y muros donde yacen escritos los designios de quienes los poblaron escribiendo sus vidas, costumbres y deseos. Napoleón quedó maravillado con la magnificencia, Julio César erigió un imperio, Aristóteles forjó el pensamiento. Desde Constantinopla al fin del mundo, transcurrieron los siglos. Los fenicios dejaron el comercio. Los imperios se extendieron en invasiones, guerras y llantos. Las lenguas se diversificaron desde un origen común materno. Las ciencias se especializaron, botánica, medicina, historia, matemáticas… Creta dio sus bases, los sumerios quedaron atrás, los galos e íberos fueron resistentes. Culturas que emergieron, dejando huella. Mezcla de diferentes ingredientes, como el mejor plato de paella, acabó por hacer madurar la costa, en torno a un mar lleno de presagios. Cada rama extendió sus hojas como un olivo dando frutos, mitos y leyendas creadas en una base que hoy sigue su curso, un gran manjar de culturas, que nació firme desde el Partenón, bañado por un mar productivo.

Franisco M. Marcos Roldán

VIAJA en el agua

Sentado sobre las rocas, el muchacho contemplaba el faro, unido a la costa por una estrecha lengua de tierra que le negaba su naturaleza de isla. Sus pies jugaban en el agua, bañados por un mar que lo recibiera incluso antes de dar sus pasos sobre tierra firme.

Le gustaba pensar que la espuma que levantaban las olas al chocar contra la escollera había conocido otras costas antes de visitar tierras andaluzas. Otros pies habrían sido besados por aquellas aguas, en tierras que él probablemente jamás visitaría pese a unirles un mar común, que los hermanaba de un modo que él no podía más que intuir. Sabía que pese a sus diferencias, compartían la misma fe en un Hacedor que les había brindado el regalo de un nexo que venía visitando sus costas desde el principio de los tiempos. Era posible que cada cual llevase sus creencias de diferente modo, con sus peculiaridades, pero estaba convencido de que era más lo que los unía, que lo que los separaba.

Incapaz de soportar por más tiempo la sensación de verse rodeado por la historia milenaria que navegaba en aquellas aguas, el joven se zambulló dejando que el Mediterráneo lo meciese como una de sus criaturas. En aquel momento se sintió parte de algo más grande, y se supo en casa.

Juan José Tapia Urbano

No más de dos semanas

La bahía cerrada resplandece bajo el sol del mediodía. Un Mediterráneo algo encrespado ha dejado paso a la calma más absoluta. Hemos llegado en barco desde la gran isla, del paseo marítimo al camino de tierra, del muelle oleoso al muelle solitario.

Descendemos del barco y mientras los ojos se acostumbran a la nueva luz, miramos alrededor las leves colinas y la vegetación escasa. Pinos, jaras, matorral, pocas encinas, algunas calas.

Caminamos un corto trecho y encontramos un lugar sombreado en una pequeña playa. Nos dejamos caer sobre las hojas, abrimos los sentidos, paramos el tiempo. Las ramas de un árbol tamizan los rayos del sol. Las pequeñas embarcaciones con las velas recogidas apenas necesitan amarres en esta quietud. En el agua transparente los peces confiados llegan hasta la orilla y los pulpos camaleónicos se pierden entre las rocas amarilloverdosas. En la arena los lagartos se deslizan con rápidos y descarados movimientos.

En esta isla sólo se levantan un castillete antiguo en un extremo de la bahía, un pequeño embarcadero con cantina y almacén y la casa del guarda forestal. Otros islotes solitarios y menores la rodean. Allí sólo algún faro y varios puestos militares donde los soldados se mueven artificiales y ordenados.

¿De qué querrán defenderse? ¿De qué querrán defendernos?

En las pequeñas playas de esta bahía los invitaría a tumbarse y a adormecerse con la modorra del sol y con los sonidos de los insectos. Los animaría a sumergirse en el agua, a nadar siguiendo la estela de algún pez rayado o a bucear dejándose hipnotizar por el vaivén de las plantas acuáticas.

Bastarían seguramente no más de dos semanas para que los barracones quedaran, definitivamente, abandonados.

Jesús Gelo Cotán

Nostalgia

Sacó la naranja del bolso. La acarició y se la acercó a la nariz. La piel desprendía un aroma amargo que se combinaba con la esencia dulce de su interior. La apretó un poco, sintiendo el grosor de la cáscara y los gajos abriéndose por dentro. Se levantó de la silla y fue hacia la ventana. La ciudad estaba gris, como todos los días. Clavó los dientes en la parte superior de la fruta y empezó a pelarla con los dedos. El naranja brillante se desprendió descubriendo un envoltorio blanco y suave y, bajo él, los gajos rellenos de zumo. Cuando volvió a mirar a través del cristal vio la huerta.

La huerta extensa, con naranjos alineados creciendo a cada lado, cargados de frutas verdes, sin madurar. Estaba en un alto, podía ver el mar y la fina línea que lo separaba del cielo. Bajando la loma descubrió la casa de piedra de los abuelos. El sol brillaba, cayendo casi en vertical, sin producir sombras entre los frutales. Era mediodía y no había nadie en el campo. Corrió por los caminos hacia el patio y los perros ladraron. El olor de los árboles se quedó prendido de su piel y de su pelo.

Cuando llegó a la casa se coló por la puerta. Todo estaba en silencio. Se descalzó sobre el suelo de cerámica; alcanzó el sofá y se tumbó. Hacía calor, era hora de echar la siesta.

La naranja se acabó y volvió a estar en Londres. Se miró las manos y sólo encontró los trozos rotos de la cáscara. El sabor aún persistía, fresco en su boca. Alguien, desde lejos, le ofreció un té; ella lo rechazó. Todavía podía oler los naranjos, quizá la sensación durara un poco más.

Cristina Fernández Valls

Mi hijo y el mar mediterráneo

Mamá. ¿Por qué siempre me dices
que me debo parecer al Mar Mediterráneo?

Porque en la vida hay que saber compartir.
Hay que respetarlo, como a los abuelos y a las personas mayores.
Cuando tras la tempestad llega la calma igual que cuando te enfadas y rápidamente se te pasa.
Porque significa mar en medio de las tierras, igual que tu estas entre tus siete hermanos.
Porque tus amigos del colegio son marroquís además de tener esa amiga israelí que tanto te gusta.
Cuando lloras porque ves algún pez muerto o aparecen manchas negras en la orilla igual que la que me detectaron en el pulmón y me animabas con la quimioterapia.
Por lo salado que tú eres especialmente cuando preguntas.

Pilar Añibarro Aguado

DESDE MI VENTANA O en el alma del mediterráneo

Este ventanal enmarcado en madera carcomida es mi refugio diario. Me acomodo aquí, en la mecedora de rejilla, y simplemente observo; y siento, a través de unos cristales que el tiempo ha ido ensuciando paulatinamente.

Mis hijos opinan que estaría mejor en un balneario, o cerca de la montaña, por aquello de la humedad. Creen que moriré solo con una mantita de cuadros raída entre mis piernas. Pobres jóvenes ignorantes. No comprenden que este hueco es mi vida, mi historia, mi ilusión matutina. Son incapaces de ver cómo disfruto saboreando el aroma de la sal, palpando el bullicio del gentío tras caer el sol, sonriendo con las exclamaciones de los osados equilibristas de olas y respetando el silencio de los que pasean en soledad un domingo cualquiera. Es mi necesidad, lo reconozco, pero es que ya no podría esquivar más a la muerte sin escuchar pasos temblorosos sobre guijarros blanquecinos y notar, al menos, una pizca de brisa mediterránea en mis manos cansadas.

Miguel Alayrach Martínez

Azul

La lluvia no ha parado desde hace tres días. Miro a través de la ventana y me encuentro el mismo paisaje gris cuando amanece, al mediodía, al atardecer, y vuelta a empezar. Es una lluvia lenta y dulce, pesada como el plomo, que llena el vacío de todas las cosas. Las gotas aterrizan débilmente en el alféizar, dudan, y poco a poco se dispersan y desaparecen. La humedad me impregna por dentro; la siento en lo más profundo de mis huesos.

Cierro los ojos y me pierdo en una isla a cientos de horas de aquí. Vuelvo a oír las gaviotas, saboreo el aire salado, me ahogo en un cielo tan azul y sereno como sus ojos, profundos como el Mediterráneo. La arena caliente se desliza entre mis dedos mientras el olor del mediodía me embriaga.

Levanto la mirada y veo su silueta dibujada en el horizonte, entre el sol y la arena. Me levanto y comienzo a caminar hacia ella, vacilante. Con pasos tímidos empiezo a cubrir la distancia que nos separa, pero a cada paso su figura se aleja más y más. Su falda blanca ondea caprichosa con la brisa y deja al descubierto sus rodillas del color del bronce. Mis pasos se aceleran hasta que dejan de ser míos. He empezado a correr, pero aún no logro alcanzarla. Sigo corriendo en vano hasta que de repente el silencio lo inunda todo. Las gaviotas enmudecen, la brisa deja de soplar, su falda se vuelve inerte. Sólo ella se mueve mientras el mundo calla. Gira levemente su rostro hacia mí y me lanza decidida su mirada turquesa, que me atraviesa el corazón como un rayo.

El sonido del trueno me hace salir del trance. Sus ojos azules se esfuman.

En mi mundo gris, sigo oyendo la lluvia caer.

Microrrelatos de los escritores de

Tres con libros

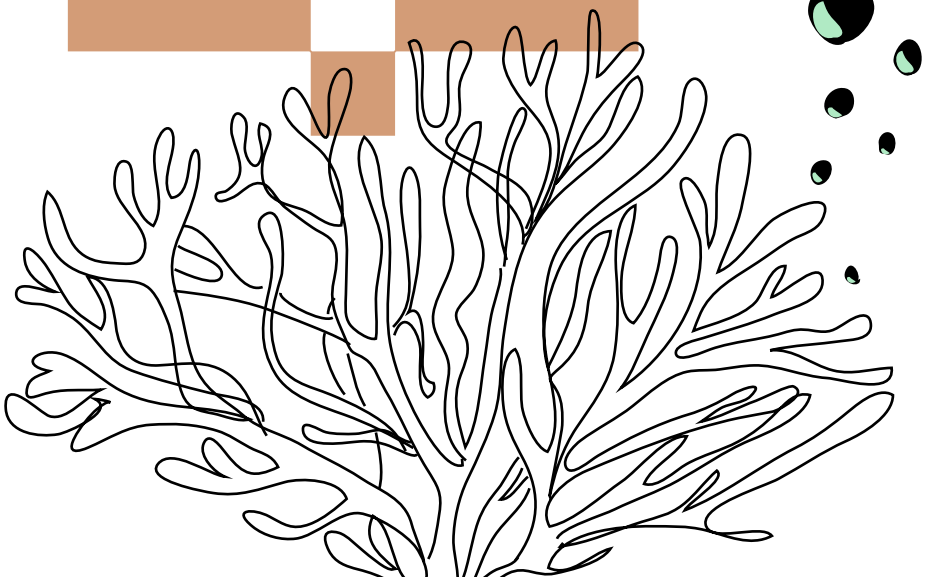
תודה

THANK YOU

GRACIAS

MERCI

شكرا



Las noches blancas son insoportables

La avenida Nevski estaba desierta. Había sido la noche blanca más larga del mundo. Se sentó en un banco, hundió los dedos en el moño y extendió los cabellos hasta que le cubrieron, rubios, los hombros. Miró sus pies, estaban ensangrentados. Tchaikovski aún resonaba en sus oídos. Giró la cabeza por última vez hacia el apartamento y vio que se encendía una luz en el salón que daba al canal. Nadie se asomó a la ventana.

Tenía hambre. Había salido nada más terminar la actuación para no hacer esperar al coche que él había mandado a recogerla. En la mesa del comedor había caviar y salmón, pero ella era vegetariana. Con el estómago vació y una copa tras otra entre las manos le dijo, por fin, lo único que él quería escuchar y le había pedido que le dijera desde que se conocieron. Pero sus ojos no contestaron. La luz seguía entrando por las cortinas como si, de pronto, quedara tiempo todavía para que ella se justificara por lo que le acababa de decir.

Se levantó nerviosa y caminó por la habitación. En una de las paredes, había una reproducción a tamaño natural de *La música de Matisse*. Se lo imaginó desnudo entre las cinco figuras. De rojo, acurrucado, intentando que de entre sus torpes manos brotara algo de música. Lo miró de nuevo. Con los brazos cruzados en el regazo, guardaba silencio. Nunca entendió qué hacía ese cuadro en la casa.

Se sirvió la última copa de champán y le preguntó:

-¿No vas a decir nada?

Y él, con los ojos fijos en el cuadro, contestó:

-No tengo nada que decir.

Y como a ella le había costado tanto decidirse, volvió sobre sus palabras:

-Al principio me costará, no puedo abandonar así como así mi cuerpo. Me han dicho que nadar está bien, también caminar, aunque no por San Petersburgo. Me gustaría que nos instalásemos en París, me olvidaría antes del mundillo artístico.

Pero él continuó en silencio. De pronto, le pareció oír una voz que la llamaba, giró la cabeza, se fijó en el cuadro y vio que la sexta figura había desaparecido. A la derecha, quedó un espacio vacío.

Cogió la chaqueta, una rosa blanca del ramo que se había llevado del teatro y bajó a la avenida. Extendió las piernas y los zapatos blancos de tacón se desparramaron por la acera. Aspiró la humedad del canal e intentó recordar el mejor momento de la actuación del día anterior. No pudo. Probó a hacer una corona con los brazos pero no se elevaron. Tchaikovski ya no resonaba en sus oídos. Quizás no podría volver a bailar nunca más.

Patricia Almarcegui

Delfines en el Mediterráneo

Le gustaba la orilla, fue alejándose al crecer hacia el alta mar, brillaba en el agua, se erguía, cuerpo azul, también su abuelo vivía flotando desde que llegó de Sobibor, el cuerpo atrapado por las olas, el roce del agua como útero que acarició el nacimiento del hombre, origen de la vida, ¿cuántos siglos contiene cada gota? El mar entró en él, es el mar, que nace cada luna nueva, le gustaban los delfines, sobretodo los delfines, viajaba de puerto a puerto mediterráneo, pero no eres un delfín, no lo eres…y no escucha, vuelve a casa, ahora vuelves a Tel Aviv desde la gruta de Hércules sostenido en el aire por un helicóptero atravesando el mar, pegado al mar, no eres un delfín, pero olvidaste que eras hombre y ya no sabes respirar.

La brecha del tiempo en el mediterráneo le atrapó con olas oscuras borrando su historia, su pasado, su futuro, borrando este microrrelato y la memoria de lo que tú lees ahora.

Esther Bendahan

LA TARDE en que vi morir a SARTRE

La tarde en que vi morir a Sartre se presentó de un modo inesperado. Habíamos almorzado en la plaza 9 de abril. Cuscús para cuatro al otro lado del *Cinéma Rif*, en pleno corazón de Tánger. A la derecha, los fontaneros se ofrecían en plena calle exponiendo esculturas de tuberías imposibles. A la izquierda, una pelea entre camareros por las lindes de sus terrazas para turistas. Pasaban las horas, la marea humana se aplacaba a medida que se hundía el sol. Ya no volveríamos ese día a la medina, y decidimos subir por la Rue de la Liberté, mirando de reojo las tiendas de anticuarios en la acera frente al hotel Minzah. Por entre cuencos de barro caligrafiados, lámparas de cristal, bandejas de cobre martilleado y olor a humedad, flotaba una música que recordaba al forzado falsete de Demis Roussos cantando en árabe aquello de *Blade Runner*. Lo fuera o no, nos pusimos a tararearlo, al paso lento impuesto por la cuesta arriba: *ibal lal aruu-sah om-yah-lee*...

Ya en nuestra habitación del Rembrandt, abrí la ventana para que la leve brisa del Levante airease aquel denso olor a mueble cansado, a cañería envejecida. Y fue entonces, sin mayor preparativo, cuando me acodé en el alféizar de la ventana con el libro entre las manos. En la cubierta, Simone de Beauvoir miraba a un punto de luz situado a su derecha. Había dejado la tarjeta de embarque del ferry marcando la página 249 de sus memorias. Con el improvisado marcador aún en la mano, supe lo ya inevitable:
"A las nueve sonó el teléfono. Me dijo:
- Se terminó".

Al fondo, calle abajo, la tarde tangerina se teñía de rosa en una puesta de sol ya sin Sartre.

Emilio Ferrín

Si te cuentan que morí de PENA

Si alguien te cuenta que morí de pena, niégalo. Sí, dejé marchar al hombre al que amé, le construí una balsa para que regresara junto a la tejedora de sueños inútiles. Yo misma amasé el pan que le ofrecí para el camino y, sí, algunas lágrimas derramé sobre la harina. Mas fue llanto pasajero porque mi horizonte no está hecho de noches de espera; no soy mujer mediterránea para tejer y destejer ni velos ni desvelos, sino para recorrer libre mi vida y nuestro mar, respirar las costas de olivo y hierbabuena, libar el vino del levante y hallar el amor en las dos orillas.

Que no busquen en mí a Penélope, allá le mando a su Odiseo. Le deseo buena ruta: que el etesio y la tramontana lo lleven al puerto de sus deseos, el mío se llama libertad y se encuentra lejos de él.

Si algún día vas a Ogigia, no preguntes por mí, sólo hallarás retales del pasado. Quizá me encuentres en Tánger, quizá en Marsella, quizá en Beirut, pero siempre llevaré la cara descubierta para mirar a los hombres con los mismos ojos con que ellos me miran a mí. Habré dejado de ocultarme en mi isla: no me llames Calipso. Iraida seré, o María, e iré acompañada de otras como yo, mujeres de ambas riberas que llevan por únicas cadenas guirnaldas de romero y azahar.

Antonio Lozano

NEPTUN & Vulcanus

Goethe, who was not only a great poet, but also a famous natural scientist in his time, claims in part two of "Faust" that two theories for the creation of the earth existed in ancient Greece. The first was the "vulcanic theory", according to which the earth was created by Vulcanus, the god of fire, through earthquakes and the subsequent movement of the mountains. The second theory is the "neptunian theory". Neptun drew back the oceans and the seas and so the earth was created.

I don't know if there is any truth in these theories. If there is, then I would say that we, Mediterraneans, are the descendants of the neptunian theory. Our culture and the way we look at the world are under the spell of Neptun. The point is not that we don't have mountains in the Mediterranean. We have, but the mountains do not block or affect our neptunian view on our history and culture. Zeus and the other ancient gods may have lived on mount Olympus, but our way of life was bound from ancient times until now to the seas and oceans.

Most of the Central European countries have access to the sea, but their way of life, with the exception of the Dutch, is still vulcanic. They look towards the mountains and not towards the sea.

Even in Goethe's "Faust", the central and most extravagant scene in the first part of the tragedy, the "Walpurgisnacht", is placed on Brocken or Blocksberg, the highest peak on the Harz mountain range. The Aegean Sea appears only in the second and the thrid act of the second part of the tragedy, during the voyage into ancient Greece.

It might be useful to all of us living in the EU to look at Europe also through the neptunian and the vulcanic theory of Goethe and not only through the Euro.

Petros Markaris

La Méditerranée a de tout temps été un théâtre de drames et de festivités. De ses drames, elle confectionnait des légendes et des religions bienheureuses et ses festivités auxquelles elle tenait plus que tout se terminaient toujours en drames puis en vendettas d'une grande cruauté. Aucune région au monde ne comptera jamais autant que la Méditerranée de rites, de temples, de prêtres, aucune n'aura de liturgie plus foisonnante, aucune ne fera autant de guerres de religion et de martyrs.

D'où cela vient-il? Peut-être de ce que la Méditerranée est un lieu fermé où le tellurisme et la magie sont à l'œuvre depuis l'origine, depuis que la plaque africaine et la plaque européenne se sont télescopées dans le fracas et ont confiné l'espace, créant une sorte d'arène, la Méditerranée, n'ayant d'ouverture que le minuscule détroit de Gibraltar et un étroit canyon qui un jour deviendra le canal de Suez. C'est ici en Méditerranée qu'ont été créés les grands panthéons des dieux, l'égyptien, le crétois, le phénicien, le grec, le romain, l'arabe, le berbère, et les trois seules religions monothéistes du monde. De cette promiscuité des dieux et des hommes vinrent les guerres et les folies les plus invraisemblables. Sur ce plan, la Méditerranée n'a jamais chômé, il n'est pas une de ses terres qui n'ait pas baigné dans le sang.

Notons que la Méditerranée est la seule région au monde à avoir inventé cette chose insensée: les jeux d'arènes où les gladiateurs venaient bravement mourir pour le plaisir des dieux et des hommes. Sauf nouveau cataclysme qui redessinerait la carte, l'histoire poursuivra sa trajectoire. En plus grave, la Méditerranée est devenue une poubelle, ses ressources se sont amenuisées, ses peuples ont vieilli et se sont appauvris, et pis, elle ne compte plus dans l'histoire du monde.

Il y a risque que la Méditerranée qui été le berceau de la civilisation humaine ne devienne un jour son tombeau. Dans ses cimetières et ses musées, déjà pleins de cadavres et de vestiges, de tant de belles civilisations qui ont rayonné sur l'Atlantide, Sumer, l'Egypte, la Grèce, Rome, Carthage, Tyr, Jérusalem, Byzance, l'Andalousie, Istanbul, Gênes, nous ajouterons les nôtres.

Au vu de cela, on pourrait dire : la Méditerranée a vécue. Mais on ne le dira pas, l'avenir, comme le passé, est immortel, les enfants de la Méditerranée ont essaimé partout sur terre et donc la Méditerranée est aujourd'hui en chaque endroit de la planète.

Boualem Sansal

BÁRBAROS

Hay una oscura abertura en la piedra por donde llega el océano blanco de las voces, como Bowie vendiendo el mundo, pertrechado frente a televisores, diciendo nada, vomitando nada, vendiendo nada. Es el tipo que traicionó al mundo pero esta vez los bárbaros somos todos. Una muchedumbre tribal y alienada, desciende de palacios y saca los forros de sus bolsillos y recuerda que el dinero no está ya en ningún sitio porque el dinero no es sino la esencia de lo humano y sus esvásticas. Las banderas han inundado los balcones de mi ciudad. Los vecinos cuentan quien sí y quien no y si las banderas son las suyas o de las otras. Estamos tan lejos del principio. Del mar que nos unió. De mirarte en el otro y ver algo que no seas tú, que no sea el reflejo del mal, del callejón detrás del mercado, oscuridad que apesta a pescado, fruta podrida, a terrible injusticia.

Y, en el fondo, escribo esto y me importa tan poco la gente, los demás.

Es el fin del mundo y en Barcelona llueve.

El viento, entre los bloques de pisos, es un ejército que aúlla consignas de reyes asesinados. Los críos andan sueltos como cuervos por las calles, las bolsas de plástico bailan como derviches enloquecidos y nadie tiene con qué parar la hemorragia, aquí y allá, de bárbaros encendiendo sus antorchas hasta el Castillo de Frankestein.

Es el fin del mundo y ¿qué hago yo? Ampararme en el recuerdo de una niña que, a la orilla del mar, sabía imitar el ruido del agua de las fuentes, oraciones del desierto, vendavales dentro de caracolas, la dulcísima tristeza del hielo deshaciéndose en un gintónic a las orillas del fin del mundo.

Y, en el fondo, qué importa, qué más da.

Carlos Zanón

**biblioteca de la
fundación tres culturas
del mediterráneo**

Horario de atención al público

- **Invierno**
  Lunes a viernes
  10.00 a 14.00 h.
  Martes, miércoles y jueves
  16.30 a 19.00 h.

- **Verano (15 de junio a 15 de septiembre)**
  Semana Santa, Feria de Abril y Navidad
  Lunes a viernes
  10.00 a 14.00 h.

Pabellón Hassan II
Max Planck, 2
41092 Isla de la Cartuja. Sevilla

T. 954088050
F. 954081506
E. biblioteca@tresculturas.org